

## LA BÚSQUEDA DE DIOS – VERDAD

MARIO MENDOZA RÍOS, OSA

En su libro *“La entraña del cristianismo”* (Ed. Secretariado Trinitario, Salamanca, 1997) el teólogo Olegario González de Cardedal describe al hombre como *ser caminante, marinero, peregrino* (p. 306). Y, a continuación, afirma que *“el hombre no es estancia sino andadura, no es una posada sino un camino (...) El hombre es constitutivamente el que pregunta por la realidad que se le entrega y desvela (verdad), por la significación para su propio destino (sentido), por la posible desembocadura de éste en la nada y el vacío (condenación) o en la plenitud de la vida (salvación). La existencia es así camino hacia el fundamento, hacia la verdad, hacia el sentido, hacia la salvación”* (p. 306). Dicho de otro modo, el ser humano es una pregunta que no cesa, una búsqueda incesante, un afán por desentrañar los enigmas de la realidad. Las religiones pretenden el acceso a Dios estableciéndose así lo que el mismo González de Cardedal señala como *“el hombre en camino hacia el interior del Dios y Dios en camino hacia el interior del hombre”* (o.c. p.323).

Todas la filosofías y religiones dicen que el hombre es camino hacia Dios; el cristianismo añade que Dios es camino hacia el hombre. San Agustín comenta: *“Si Él (Dios) no hubiera tenido voluntad de ser camino, andaríamos siempre extraviados. Se hizo camino por donde ir. No te diré ya: ‘Busca el camino’. El camino mismo es quien viene a ti. Levántate y anda”* (*Sermón 141,* ).

En el itinerario agustiniano el hombre es un marino que, concluida la travesía, tiene que volver a su hogar donde alguien le espera (cf. *Confesiones 1,1,1*). Cabe, sin embargo, el extravío y la llamada de Dios que orienta como el faro en alta mar: *“Volviste a lanzar destellos y a lanzarlos contra la debilidad de mis ojos, dirigiste tus rayos con fuerza sobre mí, y sentí un escalofrío de amor y de terror. Me vi lejos de ti, en la región de la semejanza, donde me pareció oír tu voz que venía desde el cielo”* (*Confesiones 7,10,16*).

Cuando la postmodernidad se fija únicamente en la envoltura de las cosas, se distancia de las realidades profundas, del mundo de los valores, y se desliza por la superficie de la realidad. Todo es efímero, mutable, provisional; la afirmación bíblica *“Existe un único Dios. ¡No tendrás otros dioses junto a mí!”* (*Éxodo 20,3*) suena a escándalo.

### 1. UN MUNDO RELATIVO PARA UN HOMBRE POST-MODERNO.

Basta una mirada a cualquier canal de televisión para darnos cuenta que vivimos en una época donde prevalece lo fugaz, la exaltación del instante y hasta una insaciable idolatría de lo sensual. Navegar de canal en canal hasta agotar las mil posibilidades en media hora es una reacción habitual ante el aburrimiento, pero también de insatisfacción ante las propuestas de esta sociedad que nos acostumbra a la indiferencia y nos deslumbra con la fascinación del escándalo. En nuestros ambientes se respira un aire de relativismo y dispersión. Nos encontramos ante un ser humano debilitado por

sus grandes esfuerzos por alcanzar dinero, sexo, poder, éxito a cualquier precio, o por conseguir las versiones actuales de mejorar permanentemente el nivel de vida, bienestar y seguridad. Un hombre trivial nadando entre las modas de la temporada. Un hombre *light* caracterizado por la ausencia de valores, según Enrique Rojas, ya que se fundamenta en la exaltación del momento, la apoteosis de lo efímero y el aumento de la superficialidad; una existencia donde la apariencia externa es más importante que lo que hay dentro. Traído y llevado por los estímulos exteriores, a los que se entrega y con los que pretende alcanzar la felicidad. Y todo cogido por los hilos finamente entrelazados del materialismo y el consumismo (ENRIQUE ROJAS, *El hombre light*, Madrid 1992).

A fin de cuentas, un hombre en búsqueda de valores materiales a costa de reprimir los valores espirituales y trascendentes para los que no encuentra un lugar, ya que se puede constatar con Agustín que, “aquí abajo no hay lugar para el descanso. El hecho de ser mortal es un peso para el alma, y el cuerpo que se corrompe la arrastra hacia las cosas terrenas” (*Tratados sobre la Primera carta de San Juan* 3, 11)

La paradoja de nuestra época se encuentra, precisamente, en esta confusión de satisfacciones, pues el hombre de hoy se encuentra siempre insatisfecho, buscando constantemente sin encontrar descanso pues sus metas son aparentemente efímeras y relativas.

Y en este contexto, el hombre cuestiona todo criterio moral o religioso; todo convencionalismo o dogmatismo corre el riesgo de ser atacado e, incluso, todo testimonio pierde su carga de autoridad. De hecho, según los especialistas, el aspecto primero y fundamental de importante relevancia de la crisis contemporánea se configura como una crisis de la verdad, de la universalidad de la verdad metafísica, ética y teológica. No obstante, hoy más que nunca, se interroga constantemente, sobre qué cosa sea la verdad, cuáles sean los parámetros para conseguirla y quién pueda ayudar a encontrarla.

## PARA EL DIÁLOGO

- ¿Qué implicaciones tienen en mi vida la Verdad de la Palabra de Dios y las verdades aprendidas desde pequeño?
- Trata de recordar: ¿Alguna vez has intentado hacer un cambio de actitud o mentalidad?
- Sería bueno que al considerar los logros de tu vida puedas tener un poco en cuenta la respuesta a esta simple pregunta: ¿Cuánto tiempo duran los buenos propósitos de fin de año o las promesas pronunciadas después de una trasgresión al pedir disculpas a una persona amada?

## 2. EL NUEVO DEBATE: ¿RAZÓN Ó PSIQUE?

El hombre con las características apenas descritas, ha recibido la connotación de *post-moderno*. Pero un ser así considerado, sorprendentemente se revela tan complejo, que deberíamos extender nuestro estudio desde otros puntos de vista, y no sólo el espiritual.

En la antigüedad, la filosofía era la ciencia que hacía un minucioso análisis del comportamiento del hombre y trataba de dar una explicación de su

comportamiento. Los eruditos concretaron más el tipo de ciencia y la denominaron *psicología* o *antropología filosófica*. El filósofo –cuya etimología es “*amante de la verdad o sabiduría*”– trató de dar una explicación basada en la superioridad del hombre sobre los demás animales resaltando la *razón* o la *inteligencia*, como el medio por el cual el hombre podía poseer la verdad, es decir, el criterio por el cuál el hombre conoce su ser y su entorno, dentro de su mente o razón. La verdad, era indiscutiblemente, objeto de la filosofía.

Sin embargo, las diversas maneras de concebir la razón a través de la historia, también han provocado que el hombre reconsidere el objeto mismo de su comprensión. La misma verdad ha sufrido en la filosofía de nuestros contemporáneos un desplazamiento particular, hasta el punto de establecer lo relativo, como criterio absoluto. Debido a este proceso de transformación, también la filosofía ha sufrido un desplazamiento por parte de la economía o de la política, por ejemplo, y por ello ha dejado de ser la ciencia exclusiva del comportamiento del hombre, aunque sería mejor decir, que la “*ciencia de la sabiduría*” hoy se complementa con nuevos enfoques.

En efecto, los nuevos acercamientos sobre el hombre, provenientes de la Psicología, la Pedagogía, la Política, la Sociología, etc., han puesto en evidencia que la búsqueda de la verdad es un tema que no se puede reducir sólo a un mero análisis ontológico o metafísico de la realidad, cuyos parámetros son relativos, según la razón. Por esto, la búsqueda de la verdad, parece ser que tiene mejor comprensión y mayor acogida en lo profundo de este hombre *post-moderno*, en el objeto de las aspiraciones de realización profundas del mismo hombre, es decir, la *conciencia*, realidad psíquica, cuya tarea más importante no consiste sólo en aplicar a lo concreto los principios generales, sino en darle un sentido y orientación a toda la existencia. En definitiva, es ahí donde se encuentran las respuestas a los interrogantes de la vida y también la trascendencia del hombre mismo, el otro semejante a él, pero también el totalmente otro, es decir, Dios, que es la Suma Verdad.

Desde un punto de vista de la fe, la conciencia, no sólo es el medio para alcanzar la Verdad, también es el lugar de encuentro entre Dios y el interior del hombre. En la conciencia se toman las decisiones más importantes de la vida y se toma postura ante las grandes decisiones que exigen responsabilidad.

Todo esto viene a indicarnos que, una visión sintética de reciente concepción, respecto a la búsqueda de la verdad, no parte sólo de una concepción rígida del ser o de la verdad, sino de una visión interdisciplinar de la realidad. De hecho, todo reduccionismo sobre la verdad, pierde su objetividad. Lo mismo cabe decir para el discurso sobre Dios. Una conciencia crítica, moderna o post-moderna, no puede separar del concepto de Dios, el ser trascendente absoluto y absolutamente otro distinto al hombre, las categorías de la Verdad, la Bondad, la Unidad y la Belleza, pues son estos los referentes de la existencia del hombre, de cualquier hombre y de todo hombre de recta conciencia.

Cualquier traición a estos referentes causa un malestar existencial y psicológico, en este hombre frágil y vulnerable, pero confiado en un orden equilibrado de las instituciones y la sociedad. Incluso, cualquier trasgresión a este orden ontológico, se percibe, consciente o inconscientemente, como una complicidad estructural en el subconsciente colectivo, pues “los que miserablemente caen en el mal –dice san Agustín– son los mismos que

ponen su esperanza en este mundo. Desaparece lo que exteriormente brillaba, y dentro no queda más que el humo de la mala conciencia. En ninguna parte encuentran consuelo, no tienen adónde salir, no tienen adónde entrar; abandonados de la pompa secular vacíos de la gracia espiritual, son verdaderamente humillados” (*Comentarios a los Salmos 30, 2 s.3, 12*).

Por su parte, los especialistas explican que el orden es un término universal que significa la disposición adecuada de las unidades que constituyen un todo. Consecuentemente, lo recto supone una dirección y una meta; un sentido y unos puntos de referencia. Pero el orden puede aparecer de distintas maneras: el orden serial, que se refiere al espacio, al tiempo, al movimiento, a la disposición, y a la relación del pasado con el futuro, del antes con el después; el orden total, que nos permite distinguir y estructurar las partes con el todo, jerarquizar y establecer una relación sistemática entre los diversos elementos de un conjunto; el orden de los distintos niveles que existen en nuestra conducta y que, en el marco moral, se llaman virtudes (humanas, cardinales y teologales). En éste último, en el orden de los distintos niveles, se encuentra la trasgresión y el pecado de nuestro tiempo, pues, posiblemente, la voluntad no se corresponde con la conciencia, donde se encuentra la Verdad y lo Trascendente, por el contrario, se da una conducta permisiva, lo que significa que el hombre no tiene prohibiciones, ni territorios vedados, ni impedimentos ni límites que frenen la realización personal, ya que todo depende del criterio subjetivo de cada uno, dando a todo validez y licitud. De hecho, a una conducta permisiva, corresponde una razón subjetiva, es decir, el mundo de la verdad relativa.

El psiquiatra Enrique Rojas, describe así una actitud subjetiva y relativa: *“El subjetivismo insiste una y otra vez en que la única norma de conducta es el punto de vista personal, lo que uno piense, sea quien sea, y proceda esa opinión de donde proceda; esta postura se va instalando de espaldas a la verdad del hombre y de su naturaleza, buscando y persiguiendo el beneficio inmediato. Con ello se quiere afirmar que la verdad es lo útil, lo práctico. Por eso, no existe nada absoluto, definitivo o fundamental; todo es relativo, o sea, depende de un entramado de relaciones complejas; nada es verdad ni mentira, no podemos emitir juicios ni análisis sobre algo demasiado terminante. Es así, siguiendo esta línea argumental, cómo caemos en el relativismo: tratando de encontrar la verdad a través de nuestros deseos y puntos de vista. Pero, en realidad, alcanzamos una verdad subjetiva, replegada sobre sí misma, sin vínculo alguno con la realidad, apoteosis de las opiniones y de los juicios particulares. Según lo explicado hasta ahora, afirmamos que se cae en un nuevo absoluto: todo es relativo; huyendo de las verdades universales, se termina aterrizando en ellas. El relativismo es aquella postura en la cual no existe ninguna verdad universal, definitiva, algo a lo que sirve y que sea esencial para cualquier vida humana”.*

Como el *hombre light*, el *hombre post-moderno* se encuentra interiormente con un vacío de la Verdad y de la Verdad trascendente, que es Dios. En su lugar, su psique, que se mueve en el espacio vital de las necesidades, le exige buscar otra respuesta a sus satisfacciones que no son Dios ni son la Verdad. Y por eso se entiende, que el hombre post-moderno se esclaviza a “falsos dioses”, cometiendo una “idolatría” (para usar un término bíblico), y, al mismo tiempo, engaña su propia razón. A este fenómeno de cierta

frustración, los especialistas lo llaman el “vacío existencial” que, si no se cubre adecuadamente, termina por provocar en el interior del hombre un “vacío por saturación de contradicciones”, como sostienen los psiquiatras: “Se ha dicho que la época moderna está marcada por la desustancialización, ya que la mayor parte de lo que hay a nuestro alrededor está rebajado, diluido, cada vez con menos contenidos, y se va impregnando por la lógica del vacío”.

#### PARA EL DIÁLOGO

- ¿Qué características del hombre post-moderno descubro en mi espacio vital y en mi entorno de trabajo?
- ¿Qué características del hombre post-moderno puedo valorar como positivas, de manera que pueda aprovechar al máximo los recursos que nuestro mundo nos ofrece?
- Ante un mundo como el nuestro ¿cómo puedo conciliar mis propias convicciones con los criterios de acción de moda o de actualidad?

### 3. AGUSTÍN: INCANSABLE BUSCADOR DE LA VERDAD.

Sin temor a dudas, Agustín ha sido considerado como un incansable buscador de la Verdad, debido a su espíritu inquieto que le llevaba constantemente a buscar e investigar sobre la misma, ya que su vacío interior le exigía ser llenado, según podemos apreciar en la lectura de sus *Confesiones*. Agustín estaba convencido que una vida agitada y dispersa vaga en lo superfluo y gira hacia aquello que lo aferra al mundo: “No amemos el mundo”, exhorta a sus fieles, “ni lo que hay en el mundo. Porque lo que hay en el mundo son los apetitos desordenados, la codicia de los ojos y el afán de grandeza” (*Tratados sobre la Primera carta de San Juan 2, 11*). Por su parte, una vida integrada, que tiende hacia el interior y profundo del ser, puede iniciar un proceso hacia la verdad, la bondad, la belleza interior y, desde luego, el amor: “elimina el mal amor del mundo y llénate del amor de Dios. Eres un vaso que todavía está lleno. Vacíate de lo que tienes para recibir lo que no tienes” (*Tratados sobre la Primera Carta de San Juan 2, 9*)

Su historia de búsqueda de la verdad, también puede ser entendida como una historia de conversión. A partir de la lectura del Hortensio de Cicerón, Agustín se esforzó por encontrar la Verdad aún a costa de caer en el error. Buscó en la Sagrada Escritura, pero a los 18 años no le convenció el estilo rudo y tosco de la traducción latina. Más tarde, intentó entre los Maniqueos que le seducían por el uso de la elocuencia, sin embargo, se convenció que estos hacían un abuso del texto bíblico y de la ciencia de la época, manipulando ambos conocimientos según la conveniencia de la secta, dando como resultado una verdad falseada. Intentó buscarla entre gente más seria y erudita, así tuvo un acercamiento a la filosofía de la llamada Academia platónica, pero su actitud obstinadamente escéptica sobre el conocimiento de la verdad y la certeza le invitaron a criticar su método de la búsqueda con un profundo estudio *Contra Académicos*, pues una vida incierta provoca desaliento y desesperanza. Su encuentro con un círculo filosófico de Milán que simpatizaba con el Neo-platonismo, el cual tenía una tendencia casi mística y donde participaban un buen número de cristianos como el obispo Ambrosio y el

presbítero Simpliciano, le llevó a reconocer que la sola posesión racional de la verdad no era suficiente sin la práctica de una vida ascética; y que la búsqueda es difícil y fatigosa si se hace solitariamente, casi en forma exclusivista y egoísta, por tanto, también le ayudó a valorar suficientemente el grupo de pertenencia, un grupo de amigos, una comunidad donde “juntos puedan esforzarse en la búsqueda de la Verdad y donde el primero que llegue a su posesión enseñe a los demás el camino para llegar a ella” (*Soliloquios* 1, 12, 20).

Su contacto con el cristianismo, a partir del 386, le fue ayudando a madurar todas las intuiciones juveniles de una búsqueda de la felicidad. Esta aspiración, unida a la verdad, completaba un cuadro netamente convincente de búsqueda, posesión y contemplación de la Verdad, entendida ésta como sabiduría e identificada con Dios, verdad inmutable y trascendente. Permanecerá fiel a este Dios hasta la muerte en el 430, tratando de evitar el error y la falsedad. En su continua búsqueda de la verdad y de Dios, Agustín pudo aprender que “el error de cada uno consiste en que, confesando y proclamando que no desea otra cosa que llegar a la felicidad, no sigue, sin embargo, el camino de la vida que a ella conduce. El error está, pues, en que siguiendo un camino, seguimos aquel que no conduce a donde deseamos llegar. Y cuanto más uno yerra en el camino de la vida, tanto menos sabe, porque tanto está más distante de la verdad, en cuya contemplación y posesión consiste el sumo bien” (*El libre albedrío* 2, 9, 26).

Su vida es un itinerario inquieto de búsqueda (*Confesiones* 1, 1, 1), pues el hombre ha sido creado para descansar en Dios, y por ello busca la verdad. Afirma categóricamente: “Dios es la verdad, y la verdad no es cuadrada, ni redonda, ni alargada. En todo lugar está presente si el ojo del corazón está abierto para ella” (*Comentarios a los Salmos* 30, 2, s. 1, 7). Como en su tiempo, “hoy tenemos que infundir a los hombres, a quienes la teoría de los académicos con su ingenioso modo de hablar apartó de la comprensión de la verdad, la esperanza de encontrarla” (*Carta* 1, 1).

## PARA EL DIÁLOGO

- Todos tenemos un itinerario que contar, donde hemos aprendido y experimentado muchas de las cosas que son la base de nuestra cultura y de nuestra sabiduría. ¿Cuál ha sido mi propia historia de búsqueda de la Verdad?
- Todo grupo humano tiene una riqueza cultural que le lleva a identificarse como tal y a tener un sentido de pertenencia a ese pueblo, riqueza que puede denominarse tradición, y es a su vez, el elemento constitutivo de la “sabiduría” popular. ¿Quién ha influido en mi itinerario en manera significativa? ¿Por qué?

## 4. LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD EN SAN AGUSTÍN.

La visión de san Agustín sobre la verdad no es sistemática sino sintética, uniendo los polos de su experiencia entre el amor y la conciencia de los diversos grados del saber. Para él, Verdad y Dios son la misma entidad, el mismo referente en la vida y la misma finalidad de nuestra búsqueda, pues

Dios es la fuente objetiva de la verdad, pero al mismo tiempo es su alimento subjetivo que satisface toda aspiración y todo deseo, como podemos apreciar de su plegaria en los *Soliloquios*: “Oh Dios verdad, fundamento, principio y ordenador de la verdad de todos los seres que son verdaderos... Oh Dios sabiduría, fundamento, principio y ordenador de la sabiduría de todos los seres que poseen la sabiduría” (1, 1, 3).

Ahora bien, todo hombre lleva en su interior como de manera impresa en su alma, una tendencia hacia esta *verdad-sabiduría-divinidad*, pues “Señor nos hiciste para Ti y nuestro corazón estará inquieto hasta descansar en Ti” (*Confesiones* 1, 1, 1): “Así como antes de ser felices tenemos impresa en nuestra mente la noción de felicidad, puesto que en su virtud sabemos ser dichosos, así también antes de ser sabios, tenemos en nuestra mente la noción de sabiduría, en virtud de la cual cada uno de nosotros, si se le pregunta si quiere ser sabio, responde sin sombra de duda que sí, que lo quiere” (*El libre albedrío* 2, 9, 26). Aún, en este nivel de comprensión, felicidad y sabiduría encuentran una indisoluble distinción, ya que “nadie es bienaventurado sin la posesión del sumo bien, que consiste en el conocimiento y posesión de aquella verdad que llamamos sabiduría” (*El libre albedrío* 2, 9, 26 ).

Por eso, bajo la influencia de una corriente filosófica, conocida como neo-platonismo, Agustín identifica la Verdad y el ser de Dios, pues la ciencia y la verdad dicen algo de la sabiduría, que en estos términos quiere decir la verdad trascendente, lo realmente verdadero: “no hay lugar a dudas que es Dios la inmutable naturaleza. Erguida sobre el alma racional, allí campea la primera vida y la primera esencia, donde luce la primera Sabiduría. He aquí la soberana Verdad, que justamente se llama ley de todas las artes” (*La verdadera religión* 31, 57). En efecto, para él como para los filósofos, Dios es “donde está la causa creadora de la naturaleza, la luz para descubrir la verdad y la fuente donde se saborea la felicidad” (*La ciudad de Dios* 8, 10).

No es mi intención tocar los argumentos agustinianos de la identidad entre Dios y Verdad o Sabiduría, sino sólo aquello que nos permite acoger mejor la relación estrecha entre estos términos de nuestra búsqueda, ya que la extensión de la jerarquía entre *existencia-vida-inteligencia*, unida a otros dos factores, precisamente, la sabiduría y Dios, fueron los que determinaron dicha concepción, según podemos apreciar en sus obras filosóficas conocidas como “*Diálogos de Casiciaco*”, así como la ejercitación de un método peculiar basado en la interioridad (cf. *Confesiones* 10, 6, 8-7, 11), pues “estaba convencido de que la verdad late profunda e implícitamente en la naturaleza de las cosas y de las almas” (*Carta* 1, 2).

Pero, esta estrecha relación tendrá una ulterior clarificación complementaria en clave cristológica, ya que una concepción abstracta de la Verdad o de Dios, puede resultar un ejercicio mental, sin incidencia en la vida concreta, mientras que Cristo-Verdad asegura un auténtico criterio para la vida intelectual y espiritual. En este sentido, Agustín reflexiona tratando de dar una respuesta a su personal inquietud acerca de lo trascendente y tratando de responder sinceramente a sus constantes interlocutores o detractores con quienes se esfuerza por encontrar la Verdad, pero sobre todo al cristiano que vive desorientado en la incertidumbre de numerosas propuestas

aparentemente verdaderas y convincentes para su *modus vivendi*. Veamos en detalle algunos de sus postulados más esenciales:

#### 4.1. La Verdad interior.

Que la verdad está en la conciencia del hombre es una idea que se presenta desde las obras juveniles. La verdad misma, la suma verdad “es lo más íntimo de mí y lo más profundo de nuestro ser” (*Confesiones* 3, 6, 11; cf. *La verdadera religión* 39, 72; *El Maestro* 11, 38). Efectivamente, “es dentro de mí –dice Agustín– sí dentro, en la morada del pensamiento, donde la Verdad, que no es ni hebrea, ni griega, ni latina, ni bárbara, sin ruido de sílabas, me diría: ‘dice verdad’” (*Confesiones* 11, 3, 5).

En última instancia, es la Verdad misma a la que se deben conformar todas las costumbres de todas las culturas y pueblos, así como el actuar del hombre en la sociedad y en la cultura: “ame en mí el alma fraterna lo que enseñas que se debe amar y deplora en mí lo que enseñas que se debe deplorar” (*Confesiones* 10, 4, 5; cf. *Naturaleza y origen del alma* 2, 17, 23).

Desde este presupuesto, desde la verdad interior, Agustín propone un criterio de confrontación, diálogo y complementación, enmarcando sus resultados dentro del *ordo amoris* (orden del amor): “Nuestra forma de actuar con los hombres, dice, es primero saber qué saben ya de cierto para conducirlos de ahí a las verdades que aún no conocen o que no quieren creer. Mostrando la secuencia lógica de estas verdades con las admitidas por ellos están obligados a probar otras verdades antes negadas. De este modo la verdad, que antes tenían por falsa, se distingue la falsedad porque es vista en armonía con la verdad” (*Réplica al gramático Cresconio donatista* 1, 15, 19). El mismo Agustín, añade en otra de sus obras, que “si encontramos cualquier elemento de verdad incluso en los hombres peores, corregimos la perversidad sin alterar lo que en ellos hay de recto y justo. Así en el mismo hombre enmendamos falsas opiniones a partir a partir de las verdades admitidas por él, evitando destruir las convicciones verdaderas con las críticas falsas” (*El único bautismo. Réplica a Petiliano* 5,7).

#### 4.2. Encarnación de la Verdad en la historia.

Este presupuesto teológico tiene que ver con la voluntad salvadora universal de Dios y la pretensión exclusiva de Jesucristo, de ser el único mediador: “mediador por ser hombre, y por eso también camino. Hay un sólo camino que excluye todo error: que sea uno mismo Dios y hombre: a donde se camina, Dios, y por donde se camina, el hombre” (*La ciudad de Dios* 11, 2). En realidad, la verdad interior evolucionó en Agustín en clave cristológica. Así lo podemos apreciar en los *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*: “Vuelve al corazón; mira allí qué es lo que tal vez sientes de Dios: allí está la imagen de Dios. En el hombre interior habita Cristo, y en el hombre interior serás renovado según la imagen de Dios...” (18, 10). Invitando a Licencio a seguir a Jesús, afirma: “No dice lo verdadero sino la verdad: Cristo es la verdad y vamos a él para no ser fatigados” (*Carta* 26, 6).

### 4.3. Cristo-Verdad y la cultura.

Decía Ortega y Gasset en *El espectador* que “la cultura es un movimiento natatorio, un bracear del hombre en el mar de su existencia” que busca su perfección y purificación, pues la cultura es para el hombre como el asidero adonde ir una y otra vez a refugiarse, a buscar alimento para su conducta, para saber a qué atenerse. Su fin consiste en ayudarlo para que su vida sea más humana, tenga más relieve y le revele sus verdaderas posibilidades.

En este sentido, la búsqueda de *Dios-Cristo-Verdad* nos lleva a un tema de mucha actualidad desde su proyección social, ya que tal concepción toca el problema de lo cultural y de las costumbres, pues “el fin de nuestra intencionalidad es Cristo, ya que aunque personalmente nos esforcemos, en él nos perfeccionamos, y por él somos perfeccionados; y toda nuestra perfección es ésta: llegar a él. Él nos propuso en esta vida un modelo del vivir y nos dará en la vida futura un premio del vivir” (*Comentarios a los Salmos* 56, 2). En otras palabras de Agustín, “no podríamos purificarnos para acomodarnos a las cosas eternas” como la Verdad, “sino mediante las temporales a las que estábamos ya acomodados” (*La Trinidad* 4, 18,24).

Desde este punto de vista, los hombres de todas las épocas, como los filósofos griegos o los académicos necios, situados en esferas inferiores, “hicieron ídolos a los que adoraron. Luego nuestra ciencia es Cristo y nuestra sabiduría es también Cristo. Él nos imprime la fe, valiéndose de las cosas temporales, él nos manifiesta la verdad, valiéndose de las eternas. Por él, vamos a él; por la ciencia tendemos a la sabiduría; pero sin separarnos de un mismo Cristo en quién están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia escondidas (*Col 2, 3*)” (*La Trinidad* 13, 19,24).

Precisamente, porque en la verdad del Verbo encarnado se encuentra la realidad de lo que seremos, “por eso, dice Agustín, incita el Señor a los creyentes a que permanezcan en la palabra de la fe y a que se dejen conducir por ella a la verdad y por ésta a la eternidad, y de este modo se libre de la muerte” (*La Trinidad* 4, 18, 24), la cual muerte, en nuestras sociedades se expresa a través de los pensamientos, actos, costumbres, tradiciones, políticas, proyectos o normas, elementos que conforman la llamada *cultura de muerte*.

### 5. Respuesta agustiniana al hombre post-moderno.

Para el hombre post-moderno, el tema de la búsqueda de Dios-Verdad es un argumento que se centra no tanto en la razón cuanto en la conciencia, ya que su tarea más importante no consiste en aplicar a lo concreto los principios generales, sino en darle un sentido y orientación a toda la existencia. Esta sensibilidad actual, nos permite ir en búsqueda de un Dios personal y trascendente, que con su Verdad inmutable, nos satisfaga en todas nuestras aspiraciones. “El amor no se puede dividir. Elige qué vas a amar, porque una vez que lo eliges, lo demás viene por sí mismo” (*Tratados sobre la primera Carta de San Juan* 10, 3), dice san Agustín.

Un concepto racional de la verdad corre el riesgo de confundirse con lo relativo y pasajero. Por ello, el hombre se encuentra en constante búsqueda de

referentes sustanciales y de criterios que le den felicidad. Constatamos que hoy es difícil hablar de una realidad absoluta, debido a los diversos puntos de vista de la realidad: natural, lógico, metafísico, moral, virtual... La excesiva superficialidad de las propuestas que propone la sociedad no termina de convencer las exigencias de la vida interior, pues como trata de explicar Agustín, “la verdadera y divina filosofía nos invita a frenar y moderar el amor sumamente dañino y lleno de fatigas, para que el alma, aún mientras gobierna este cuerpo sea atraída y anhele hacia las realidades que permanecen siempre del mismo modo y no agradan por una belleza pasajera. Siendo esto así y aunque mi mente dentro de sí te vea verdadero y simple, de modo que puedas ser amado sin preocupación alguna” (*Carta 2*).

Agustín ofrece un método particular que podríamos explotar más, ya que progresivamente nos introduce en las esferas más altas de lo auténticamente válido y perdurable. En efecto, su método de la interioridad tiene como resultado un hombre inquieto que se encuentra en búsqueda de los valores superiores y trascendentes a través del conocimiento de la Verdad, de Dios y de Cristo: “vigorizado con él, cuando después de pedir auxilio de Dios, comienzo a elevarme hacia Él y hacia las realidades que verdaderamente son verdaderas, me siento invadido a veces de tal evidencia de esas realidades permanentes, que a veces me sorprende que tenga que recurrir a ese raciocinio para creer que tales realidades son: pues aparecen con tan viva presencia como aquella por la que cada uno es presente a sí mismo” (*Carta 4, 2*).

Pero en este difícil trabajo de buscar la Verdad (Dios-Cristo), no basta encontrar, ya que el hombre se encuentra insatisfecho, sobre todo en nuestra época y en nuestra sociedad, cansadas de tantas palabras aparentemente verdaderas. A la Verdad (Dios-Cristo) se llega para gozar y compartir con la vida a través del amor, porque como bien ha afirmado Agustín en la *Carta 147*: “me parece que en esta investigación vale más el modo de vivir que el modo de hablar”. En efecto, “si la sabiduría es Dios, por quien todo ha sido hecho, como nos lo dice la autoridad y verdad divinas, el verdadero filósofo, es el que ama a Dios” (*La ciudad de Dios 18, 41, 3*).

La posesión de la verdad es siempre el resultado de un proceso de ascensión, a pesar de nuestros yerros y debilidades. Supone encuadrarse en un orden por el cual se pueda llegar a Dios, a Cristo o a la Verdad (cf. *El orden 1, 9*).

En última instancia, Agustín nos ofrece la propuesta de un *hombre superior* ante un hombre anclado en los bienes materiales y superficial; un *hombre inquieto* ante un hombre que pasivamente se deja seducir por el consumismo y la moda; un *hombre auténtico* ante un hombre banal, dependiente de sus placeres y necesidades; un *hombre firme* ante un hombre confundido por criterios diversificados y dispares. Finalmente, como alternativa al *hombre ligero*, sin valores y mirando el horizonte, Agustín, partiendo de su experiencia, el *hombre veraz* en vuelo hacia lo alto y trascendente, donde se puede contemplar la Verdad-Dios-Cristo: “propiamente con la ayuda de mi alma subiré a Él. Traspasaré esta virtud mía por la que estoy unido al cuerpo y llena su organismo de vida pues no hallo en ella a mi Dios... Traspasaré aún esta virtud de mi naturaleza, ascendiendo por grados hacia aquel que me hizo” (*Confesiones 10, 7, 11-8, 12*).

## **PARA ORAR CON SAN AGUSTÍN**

### PLEGARIA DE UN HOMBRE EN BÚSQUEDA DE DIOS

Te invoco, oh *Dios Verdad*, en quien, de quien y por quien son verdaderas todas las cosas verdaderas.

Dios Sabiduría, en ti y por ti saben todos lo que saben.

Dios, verdadera y suma vida, en quien y por quien viven las cosas que suma y verdaderamente viven.

Dios bienaventuranza, en quien y por quien son bienaventurados cuantos hay bienaventurados.

Dios, Bondad y Hermosura, principio, causa y fuente de todo lo bueno y hermoso.

Dios, luz espiritual, en ti, de ti y por ti se hacen comprensibles las cosas que echan rayos de claridad.

Dios, cuyo reino es todo el mundo, que no alcanzan los sentidos.

Dios, que gobiernas los imperios con leyes que se derivan a los reinos de la tierra.

Dios, separarse de ti es caer; volverse a ti, levantarse; permanecer en ti es hallarse firme. Dios, darte a ti la espalda es morir, convertirse a ti es revivir, morar en ti es vivir.

Dios, a quien nadie pierde sino engañado, a quien nadie busca sino avisado, a quien nadie halla sino purificado.

Dios, dejarte a ti es ir a la muerte; seguirte a ti es amar; verte es poseerte.

Dios, a quien nos despierta la fe, levanta la esperanza, une la caridad.

Te invoco a ti, Dios, por quien vencemos al enemigo.

Dios, por cuyo favor nos hemos parecido nosotros totalmente.

Dios que nos exhortas a la vigilancia. Dios, por quien discernimos los bienes de los males.

Dios, con tu gracia evitamos el mal y hacemos el bien.

Dios, por quien no sucumbimos a las adversidades.

Dios, a quien se debe nuestra buena obediencia y buen gobierno.

Dios, por quien aprendemos que es ajeno lo que alguna vez creímos nuestro y que es nuestro lo que alguna vez creímos ajeno.

Dios, gracias a ti superamos los estímulos y halagos de los malos.

Dios, por quien las cosas pequeñas no nos empequeñecen.

Dios, por quien nuestra porción superior no está sujeta a la inferior.

Dios, por quien la muerte será absorbida con la victoria.

Dios, que nos conviertes.

Dios que nos desnudas de lo que no es y vistes de lo que es.

Dios, que nos haces dignos de ser oídos.

Dios, que nos guías a toda verdad. Dios, que nos muestras todo bien, dándonos la cordura y librándonos de la estulticia ajena.

Dios, que nos vuelves al camino.

Dios, que nos traes a la puerta.

Dios, que haces que sea abierta a los que llaman...

Ahora te amo a ti solo, a ti solo sigo y busco, a ti solo estoy dispuesto a servir...  
basta ya de ser juguete de las apariencias falaces...  
enséñame el camino para llegar hasta ti.  
Sólo tengo voluntad; sé que lo caduco y transitorio debe despreciarse para ir en pos de lo seguro y eterno.  
Esto hago, Padre, porque esto sólo sé  
y todavía no conozco el camino que lleva hasta ti.  
Enséñame tú, dame tú la fuerza para el viaje.  
Si con la fe llegan a ti los que te buscan, no me niegues la fe;  
si con la virtud, dame la virtud;  
si con la ciencia, dame la ciencia.  
Aumenta en mí la fe, aumenta la esperanza, aumenta la caridad.  
¡Oh cuán admirable y singular es tu bondad!  
A ti vuelvo y torno a pedirte los medios para llegar hasta ti.  
Si tú abandonas, luego la muerte se cierne sobre mí; pero tú no abandonas, porque eres el sumo Bien, y nadie te buscó debidamente sin hallarte.  
Y debidamente te buscó el que recibió de ti el don de buscarte como se debe.  
Que te busque, Padre mío, sin caer en ningún error;  
que al buscarte a ti, nadie me salga al encuentro en vez de ti,  
y si ves en mí algún apetito superfluo, límpiame para que pueda verte.  
Amén, amén.

(cf. *Soliloquios* 1, 3-6)